

Se sabía que la Cicciolina llegó al país a promocionar su negocio, que es la pornografía. Afortunadamente los argentinos no son tan tontos como creyeron posiblemente Iona Staller y sus empresarios, porque no cosechó el éxito que se esperaba, cuando las legisladoras se negaron a recibirla alegando con justeza que denigraba la condición de la mujer política. Staller no lo es. Disfrazada de niña boba, recitó el libreto aprendido sobre temas de interés universal. Como un caballo de Troya necesitaba introducirse en los medios de comunicación representando un papel que nada tiene que ver con su negocio. Trajo sus videopornos, que se venderán como el pan y consumirán los chicos y los mayores que ya están pidiéndolos en los comercios, y ella habrá contribuido a la difusión de la ideología del sadismo cultural contra las mujeres. Porque el negocio de la Cicciolina es tan nefasto como la droga y el SIDA. Aun conociendo los efectos nocivos de la pornografía no se le podía impedir la entrada al país. La democracia garantiza el derecho a la libertad de expresión, pero tenemos que tener bien claro que vivimos en una sociedad en la que el derecho a la libertad de expresión aparece indisolublemente ligado al derecho al acceso sexual, en la misma medida en que no es posible separar la pornografía del comportamiento.

Una somera investigación en cinco comercios que al-

quilan películas permitió comprobar que no hay ninguna dificultad en conseguir cintas pornográficas. Por esa facilidad resulta particularmente difícil comprender la amenaza que representan para la vida y la seguridad de las mujeres y las niñas. No se permitiría la misma fácil circulación ni se otorgaría el mismo apoyo si se tratara de mostrar escenas sádicas contra cualquier otro grupo humano que no sean exclusivamente mujeres, tal como se muestra en las películas pornográficas.

La difusión del cine ha posibilitado que esa clase de videos llegue a un mayor número de personas y a un bajo costo. Resulta significativo que no haya ninguna restricción a esta difusión, mientras se hace pública la declaración de algún funcionario por un desnudo en televisión, que no constituye pornografía.

• Qué es la pornografía

Del griego porné, prostituta. Originariamente, descripción de las prostitutas y de su oficio. La pornografía ya no describe únicamente las actividades sexuales que se desarrollan entre las prosti-

tutas y sus clientes. La difusión de la pornografía mediante revistas, discos y películas ha introducido en las relaciones sexuales muchas de las extravagancias que tradicionalmente se exigían a las prostitutas. Esto no debe entenderse como libertad sexual sino como una extensión de la ideología del sadismo cultural contra las mujeres. La violencia sádica y la esclavización sexual no son fenómenos aislados o remotos. La pornografía los ha incorporado a la vida cotidiana y las mujeres son golpeadas y violadas como en las películas. La pornografía presenta estos actos como eróticos. Y lo grave es que no es necesario que cualquier individuo masculino concorra a lejanos harenes ni burdeles de lujo para poner en práctica lo que ha visto en ellas.

La pornografía degrada y cosifica a la mujer en busca del valor utilitario que representa como mercadería sexual. También el hombre se cosifica bajo la forma de agresor sexual poderoso. Pero este papel es el que él mismo se ha atribuido socialmente. En la pornografía la mujer es doblegada a golpes para someterla a la violación, que es el acto de poder

dominio fundamental. Este es el argumento de todos los relatos escritos y filmados pornográficos. El tema reiterado es el más absoluto menosprecio y sadismo hacia las mujeres. Se suprime el dolor para crear la fantasía de que las mujeres gustan de la violencia, y el consumidor del espectáculo puede gozar de la brutalidad del sadismo sin ninguna culpabilidad.

La pornografía vende emociones para el consumo. A diferencia del arte que suscita en y para sí mismo una experiencia estética, la pornografía aparece por el contrario como un estímulo para una experiencia no centrada en ella misma, sino que se traslada al comportamiento sexual. La experiencia pornográfica queda inscripta en la memoria, de donde podrá ser recuperada para la fantasía o para la acción o para ambas. Finalizada la experiencia, el consumidor decidirá qué parte de lo que ha visto atribuirá a la fantasía y qué parte llevará a la práctica. Cuando las imágenes de la fantasía sexual provienen de la pornografía, y se objetiviza en la mujer real, la experiencia se convierte en un producto del sadismo cultural.

María Elena Oddone

Movimiento feminista

La pornografía: Ideología del sadismo cultural

Tanto si la experiencia pornográfica provoca fantasías o si se traduce en un comportamiento encaminado a reproducir esas fantasías, lo sustancial es que contribuyen a moldear la personalidad, a definir los valores y a determinar las conductas. Por eso, la pornografía es un proceso educativo en detrimento de la mujer, que es su víctima.

El sadismo cultural abarca un ámbito mucho más amplio del que tenía antes de la proliferación masiva de la pornografía. Las películas, los videos y la parafernalia pornográfica ya han desbordado los ámbitos de ciertas zonas y de ciertas mujeres. Se ha abierto camino hasta los hogares, se han infiltrado en el conjunto de la sociedad. El sadismo cultural tiene una ideología que lo apoya, lo legitima y lo justifica. Esa ideología consiste en la supremacía de los derechos que los hombres se adjudican para detentar el poder en la sociedad y su dominio sobre las mujeres.

La representación de la esclavitud sexual femenina en la pornografía y en los medios de difusión constituye un aspecto bien definido y firmemente enraizado en la cultura masculina. En todos

los comentarios escuchados por la radio sobre la Cicciolina, ninguno hizo alusión a la pornografía que vino a vender. El único canal de televisión que la mostró montó una audición cuyo tema era la trasgresión, como si una intérprete de películas porno que muestra sus senos fuera a trasgredir un orden social que ha determinado que la mujer es mercadería de transacción comercial. Las trasgresoras son las que se oponen a la cosificación de la mujer como objeto sexual. Habría sido mucho más interesante que se hubiera debatido públicamente el negocio de la pornografía, y todas sus implicancias. Ese tema no se pone a discusión, se prefiere que se siga difundiendo sin cuestionamientos. Es parte del sadismo cultural que perpetúa el dominio patriarcal.

Vivir en una sociedad en la que abundan los modelos y propuestas para la esclavitud sexual y el genocidio es algo bastante intolerable para las mujeres. Si lo aceptamos, estaremos participando en nuestra propia aniquilación. El tema de la libertad de la mujer se plantea de mala manera. Aunque una mujer decida colaborar en su propia explotación sexual no significa que esté haciendo uso de su libertad. Las reglas del juego las marcan sus explotadores, no ella. Con su aprobación o sin ella, la esclavitud sexual es la misma, y la única manera de evadirse es la libertad individual. Alcanzarla es la meta del feminismo. □

El Informador

Público

Director: J. Iglesias Rouco

Secretario General
Luis Cialini

Año 4 - N° 206

Viernes 7 de septiembre de 1990

COLUMNISTAS

Pedro D. Miquelarena
Agustín Pérez Pardella
María Elena Oddone
Guillermo Frugoni Rey
Norberto Ceresole